

El campo de Castilla—paramera abierta a todas las inclemencias— ha dejado de ser triste. Cuando los mozos fueron a la guerra, porque en la guerra se ganaba la paz de toda España, salió a los campos la torrentera alegre de nuestras Juventudes Femeninas.

Los hombres, antes de la guerra, teníamos del trabajo un concepto demasiado hosco. Nos parecía, más que sagrado deber, obligación penosa, e íbamos a él, no con el afán creador con que el sabio desprendido se sienta ante los cachivaches de su laboratorio, sino con el gesto resignado del condenado a cadena perpetua.

Y era que nosotros, los hombres, crecidos en la eterna leyenda de una fingida superioridad, sólo teníamos como cosa bella lo que sonaba o disonaba más. Hechos para la lucha, capaces de desenvolver todo negocio y atentos sólo a que la crítica nos llamara pomposamente «hombres de presa», sabíamos mucho de largas suma y atronadores matillazos, pero, en cambio, éramos incapaces de comprender la inmensa ternura que se encierra en unas tocas blancas, la sinfonía maravillosa de la canción de cuna cantada por una madre que no sabe cantar, o el poema de recuerdo y esperanza que nos brinda una flor que agoniza sobre un vaso...

Así los hombres del campo nos asombraban a los de la Ciudad, con sus historias de fatigas y trabajos; nosotros mi. ábamos sus biceps retostados y acabábamos por convenir que, en efecto, no seríamos capaces de tan dura tarea.

Y he aquí que, cuando el sacrificio común pidió su cooperación a la mujer española, ésta, en un admirable gesto que encierra para nosotros muchas enseñanzas, se lanzó de lleno al campo; pisó fatigosamente con sus pies delicados los surcos áridos; sufrió, como la tierra productora, fatigas y calamidades, para, al fin, llegados los calores del estío, recoger —«todo el día a los aires y al sol»— la ben-

EN LA NUEVA LA VENDIMIA ESPAÑA.

Por JOSÉ JUANES.



La mujer nacional-sindicalista, con un exacto sentido de su deber, ha vuelto a salir este año al campo, para cumplir con su trabajo alegre lo que nosotros no podemos hacer.

Mejor. Mucho mejor. Serán los aires más puros, el sol más claro, el agua más cristalina y los haces de trigo llevarán en su murmullo, al ser batidos por el viento, alegría de canciones bonitas. El campo adquirirá nueva belleza y volverá a ser—tras unos años de necia incompreensión—el teatro de toda poesía. Las horas serán más lentas y las noches de verano más alegres, bajo el azul purís mo del cielo...

Y aquí y allá, en todos los surcos de la hispana tierra, regados con sudor y sonrisas de mujeres bonitas, nacerán las flores más bonitas, a compás del Pan, como nacen la Patria y la Justicia, bajo los pliegues benditos de nuestra santa bandera victoriosa.

dita cosecha de donde brota después el bienestar y la dicha de España.

La estampa maravillosa de los campos poblados de mujeres —amapolas en flor— es un cuadro de paz inolvidable que legaremos a nuestros hijos, como el recuerdo más agradable de estos años de guerra.

Y en el centro del mar lleno de espigas, plantada como un joven arbusto más, la bandera de nuestra juventud. Rojo y negro brillando por igual al sol de la meseta, que es sol de alegría, porque es sol de esperanza y de resurrección. Toda España es hoy un campo de banderas: acá, en la paz, mostrándonos las rutas del trabajo y la honradez. Allá, en la inquietud sin paz de las trincheras, cubriendo con su sombra el puñado de tierra bajo la que duerme su sueño de gloria uno de nuestros mejores luchadores.

